

seguridad hacer justicia, porque tenía temor que aquel Acxotecatl era valiente hombre, y muy emparentado, y aunque estaba sentenciado, no parecía que tenía temor; y cuando le sacaron, que le llevaban á ahorcar, iba diciendo:

—“¿Esta es Tlaxcállan? ¿Y cómo vosotros, tlaxcaltecas, consentís que yo muera, y no sóis para quitarme de estos pocos españoles?”

“Dios sabe si los españoles llevaban temor; pero como la justicia venía de lo alto, no bastó su ánimo, ni los muchos parientes, ni la gran multitud del pueblo, sino que aquellos pocos españoles le llevaron hasta dejarle en la horca.

“Luego que se supo adonde el padre le había enterrado, fué de esta casa un fraile, que se llamaba Fr. Andrés de Córdoba, con muchos indios principales, por el cuerpo de aquel niño, que ya había más de un año que estaba sepultado, y afirmanme algunos de los que fueron con Fr. Andrés de Córdoba, que el cuerpo estaba seco, mas no corrompido.”

X.

Apuntes biográficos

Bien se habrá visto, por los fragmentos anteriores, tomados de la Historia de los Indios, que el mérito del P. Benavente como escritor, dista de ser común. Su lenguaje adolece, es verdad, de algunos descuidos: en vano se buscarían en él la gallardía, la expresión, la pulidez y esmero en el decir que distingue á los autores clásicos: en su estilo se notan, además, no pocas incoherencias, algún desaliño, como si jamás hubiese revisado lo escrito; pero, en cambio, ¡cuánta naturalidad, qué amable abandono! Tal parece que no se preocupaba sino de referir la verdad, desentendiéndose absolutamente del modo, aunque no fuera este el más agradable, con tal que á su juicio llenase las condiciones de exactitud y precisión. ¡Y cuánto más ganaría el hombre en que siempre se le manifestase la verdad en este traje modesto, para poder distinguirla en todo tiempo y en todas las circunstancias, del error engreído que suele disfrazarse con una vana pompa!

Mas no sólo es notable Motolinía como escritor: sus virtudes, sus largos afanes por la conversión y civilización de los



mexicanos, y en especial, su constancia en hacerles bien sin ruido; sin alarde, son otros tantos méritos que le colocan en un puesto envidiable, y llamando la atención hacia su persona, despiertan el deseo de conocer su vida.

Esta es, por desgracia, una de aquellas que no entran en el dominio de la historia, sino desde que toman el cauce por donde han de caminar hasta su término. Lamentamos el vacío consiguiente, como una verdadera desgracia, porque el corazón se interesa naturalmente en saber todo lo que concierne á la niñez y juventud de los varones insignes; porque ya que los consideremos á inmensa distancia de nosotros, luego que han llegado al apogeo de una carrera ilustre, todavía nos es muy grato estudiar su carácter, su índole y hasta sus defectos, en aquel período de su existencia, cuando aún no se les señalaba con el dedo, cuando eran como nosotros, cuando sin salir de la esfera vulgar, pensaban, sentían, vivían como nosotros.

Así es que respecto de nuestro buen fraile tenemos que conformarnos con algunas noticias, no muy circunstanciadas, de los sucesos de su vida, posteriores al día en que tomó el hábito en la provincia de Santiago. Si colocados en este punto pretendemos dar una mirada retros-

pectiva, nos encontramos con una noche impenetrable, en medio de la cual no descubrimos más que un dato, y harto insignificante, acerca del apellido que tuvo mientras vivió en el siglo, que fué el de "Paredes," el cual cambió por el de "Benavente," nombre del pueblo de donde era nativo, al tiempo de entrar en la Orden franciscana. Tal era la usanza de aquellos tiempos.

De la provincia de Santiago pasó á la de San Gabriel, de donde vino á México con los primeros doce misioneros de su misma observancia, según ya hemos referido; y llegado á la capital, permaneció en ella después de la separación de sus hermanos para ir á residir á otros pueblos. Fué el primer guardián del convento grande; fuélo, asimismo, de los de Texcoco, Tecamachalco y Tlaxcala, morando en este último punto seis años; evangelizó en Guatemala, Yucatán y Nicaragua, recogiendo abundantes noticias acerca de esos países; edificó el monasterio de Atlixco; acompañó al P. Fr. Martín de Valencia hasta Tehuantepec, en el proyectado viaje á China, que se malogró, según dijimos; fué electo sexto provincial en el año de 1548; y finalmente, murió en México en 9 de Agosto de 1569, día de San Lorenzo, siendo el últi-



mo de sus doce compañeros que pagaron esta deuda á la naturaleza humana.

De sus predicaciones cosechó frutos copiosísimos; bautizó por sí mismo más de cuatrocientas mil personas; fué singular defensor de los indios contra los inhumanos encomenderos; y, en suma, es, como lo califica el señor García Icazbalceta, uno de los tipos más admirables y completos del misionero español del siglo décimosexto.

Parece haber sido muy aficionado á la pompa y brillo en las solemnidades del culto cristiano, según lo demuestran sus descripciones, que tienen por objeto este asunto, y el empeño que manifestaba porque las vestiduras sacerdotales fuesen de lo más lucido, ha llegado á nuestra noticia, por un dicho del P. Fr. Juan de Rivas que asienta Vetancurt en su menologio. Hallábase aquél de guardián en el monasterio de Tlaxcala, mientras nuestro misionero ocupaba igual puesto en el de Atlíxco; y sabiendo que éste había hecho unas dalmáticas de raso para que sirviesen en la iglesia, habló de esta manera con el sujeto que se lo había participado:

—“Díganle al hermano Fr. Toribio, que se quite el nombre de “Motolinía,” pues en las obras muestra ser rico.”

La antítesis se hace más perceptible,

recordando que la voz motolinía tiene, entre otras, la acepción de “pobre.”

Finalmente, el ilustre misionero sobresalió también por sus conocimientos en la lengua azteca, en la cual compuso un tratado de la doctrina cristiana, y supo, asimismo, varias otras del país.

FIN DEL TOMO PRIMERO